

San Roberto Belarmino

El milagro de la Resurrección

A) Exordio y proposición

La Iglesia en esta octava predica la resurrección de Cristo como el milagro más difícil y probatorio. Admitido éste, fácilmente se admiten todos los demás. Por ello los apóstoles insistieron tanto en él. Hablaré: 1º, de la veracidad de la resurrección, y 2º, de cómo podemos llegar a otra igual.

B) Veracidad de la resurrección

Fue atestiguada por los adversarios, que no castigaron a los guardias ni pudieron mostrar nunca el cuerpo de Jesús; por los ángeles; por los apóstoles, que le vieron, oyeron y palparon; por los profetas, que lo habían anunciado; y por todos los milagros que han ido acompañando a la predicación cristiana.

C) Medios para llegar a nuestra resurrección

a) Cristo esperanza de nuestra resurrección

El mayor deseo de todo ser es el sobrevivir. Vémoslo en los animales, que, no pudiendo esperar otra supervivencia que la de la especie, defienden por instinto a sus hijos, como la tímida gallina, que llega a atreverse con animales rapaces. Nosotros sentimos vivamente este instinto de felicidad eterna e individual que nos ha asegurado Cristo.' *Nos reengendrará a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible* (1 Petr. 1,3). Tal fue el fin de su resurrección, de la que no necesitaba para su felicidad, sino para ser cabeza y esperanza de la nuestra. Pero ¡oh ceguedad! Mientras los animales defienden hasta más allá de sus fuerzas la supervivencia de su especie, nosotros descuidamos nuestra inmortalidad feliz. ¿Qué hemos de hacer? Veámoslo.

b) Debemos ser templos de Dios

1. Templos, no establos

Y si el espíritu de Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que habita en vosotros (Rom. 8,11). El Padre resucitó el cuerpo de Cristo porque, siendo éste también de Dios, no quiso permitir que quedara arruinado para siempre. Si nosotros lo fuéramos... Pero si, por el contrario, convertimos nuestros cuerpos en establos de bestias, Dios los resucitará para que sean

cárceles de condenados (Cf. 1 Cor. 6,19). Los que dedican su cuerpo al pecado lo convierten en establo. Quienes lo usan para fines humanamente buenos no pasan de ser edificios civiles. Los que lo dedican a la oración y alabanza divina, constituyen templos de Dios.

2. Es cosa fácil hacernos templos de Dios

Es cosa fácil, puesto que hasta el comer, beber y dormir, ya que es voluntad de Dios nos ejercitemos en todas estas acciones, puede ser convertido en alabanza suya. Será señal de ello el que lo hagamos con moderación, pues de lo contrario servimos a .nuestra concupiscencia y no al Señor. Ya dijo San Pablo: *Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios (1 Cor. 10,31)*. Cuando nuestro cuerpo sea templo de Dios, se verificará lo que dijo (2 Par. 7,15) de sus templos: *Mis ojos estarán siempre abiertos, y atentos mis oídos a la plegaria hecha en este lugar*. Y Dios oirá hasta la oración de nuestros mismos miembros que se dirigen a El sólo con presentarle sus flaquezas, la principal de las cuales es su mortalidad.

c) NUESTRA PRIMERA RESURRECCIÓN

1. Conexión y señal

Nuestra primera resurrección es el segundo medio de conseguir la resurrección final. *El que tiene parte en la primera resurrección; sobre él no tendrá poder la segunda muerte (Apoc. 20,6)*. La primera muerte es el pecado; la segunda, la condenación eterna. Quien resucita del pecado disfrutará de la segunda gloriosa. La una es medio para la otra. *A los que justificó, a éstos glorificó (Rom. 8,30)*.

La señal para conocer si nos hemos levantado con la primera resurrección es ver si gustamos las cosas celestiales, pues del mismo modo que los cadáveres no gustan de comida alguna, los que están muertos para el cielo tampoco saborean nada divino. *Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. 3,12)*.

2. La vida nueva es vida de amor

La gracia de Dios es una llama, y las llamas tienden siempre hacia arriba. La vida nueva es la vida del amor, y el amor inclina siempre, como un peso, hacia el objeto amado. Imposible es, pues, que el justo no busque a Dios. *El sapite de la Vulgata es pensad sabiamente*.

d) EL TERCER MEDIO ES NUESTRA PROPIA CRUCIFIXIÓN

Tan ardientemente deseaba Pablo la gloria de la resurrección, que buscó con celo sus caminos, y, sabiendo que Cristo había llegado por la cruz, dijo: *Yo procuro configurarme, en cuanto puedo, a su pasión, por si acaso por este medio llegase a su resurrección (Phil. 3,10)*. Si Pablo, vaso de elección, decía

por si logro alcanzar... (Ibíd.), ¿qué no deberemos hacer nosotros?

Nos configuramos a Cristo crucificado cuando de tal manera atamos nuestros miembros con el temor de Dios, que no pueden extenderse jamás hacia el pecado. *Confige timore tuo carnes meas* (Ps. 118,120). Afirmemos nuestra cabeza con espinas, para sujetar todo mal pensamiento; nuestros pies y manos con clavos, para que no corramos detrás de afectos perversos ni ejecutemos obras de pecado. El que teme a Dios, ve cuán fácil es perder la gracia y se precave.

D) Exhortación

Duro y amargo es crucificar nuestra concupiscencia. Pero los días del Señor fueron tres: el de la cruz, o viernes; el del descenso, o sábado, .y el de la gloria, o domingo. El primero duró tres horas; el segundo fue más largo; el tercero, eterno. Nuestro programa es el mismo.

[Tomado de Verbum Vitae, tomo IV Ciclo Pascual. B.A.C. (Pág.668). Bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria (Obispo de Málaga).]